

El ladrido digital*

Diamela Eltit

Quizás la violencia que hoy nos atraviesa ya no sea teorizable. Es posible que la masa desbordada de discursos (académicos, políticos, sociales) se haya convertido en una mera praxis: producir una masa desbordada de discursos que terminan por ser absolutamente incompetentes.

Porque se imponen los flujos, el fluir del flujo: el flujo capital, el capitalismo salvaje en su flujo parece dejar, con su paso afiebrado, un conjunto de cuerpos que asolan (en vano) la mercancía, que la buscan desde un lugar más ávido que la avaricia y menos tangible sin embargo. Menos tangible, sí, más ciego, impredecible.

Hasta que estallan las resistencias.

—¿Dónde está el capital?

—En todas partes.

—¿Dónde radica mi capital?

—Fuera de ti. Es ajeno. Es tu propia extranjería. Mediante tu terror, produces capital. Tu capital permanece ajeno de ti mismo. Es la despatria. La desmemoria.

—Sí, pero yo poseo un cuerpo. Tengo un capital.

—No. Tienes un cuerpo descapitalizado. Cercenado por el capital. Acéfalo. Decapitado.

O bien, puede ser que la vieja, ultra conocida violencia continúe su avance con su ritmo siempre escandalosamente inescrutable para dejarse caer sobre la poderosa, senil economía que la ne-

* Texto publicado en Revista *Rocinante* n°42, abril 2002.

cesita de la misma manera con que el ciego ensueña un enlace final con su sacrificado lazarillo.

“Levántate y Camina”, dijo Dios. (Lázaro obediente como era, se levantó de su muerte, cubierto por su absurda mortaja y llenó de espanto a su propia familia).

Esta vieja violencia que nos arroja muertos-vivos (ultracomatosos como diría el filósofo italiano Agamben) que hoy mismo están bajo la mira de un líder profundamente perturbador en sus certezas rígidas (junto a una esposa que se funde y se confunde con sus dos perros amaestrados), me refiero a ese líder que encabeza la cabeza del capital –el tejano Bush– quien permanece acechante, acezante ante la expectativa de materializar el sueño (dorado) de alcanzar el control del mundo. Tomar el poder mundial, así, tal como si estuviésemos condenados a presenciar un film dudoso que porta un guión plano y mezquino:

“Los Estados Unidos tosen toda la noche y no nos dejan dormir”. Escribió el poeta Allen Ginsberg.

El sueño capitalista del capitalismo parece estar a punto de cumplirse. La guerra a un terrorismo sin fronteras ahora toca agudamente todas las fronteras y las desestabiliza. Casa por casa, techo por techo habrá una molécula terrorista lista para ser dinamitada. Bush hijo, el tejano hijo del tejano, necesita de esas moléculas, las produce él mismo con sus incesantes bombardeos que hoy (nos) parecen un paisaje televisivamente posible, común, digo, monótono.

Bajo un paisaje de muertos, el petróleo y el gas corren a raudales espesos y radicales. La cabeza de Arafat tiene precio –sobre su cabeza da vueltas febril el pájaro petrolero– porque, claro, ya nada vale oro. Los metales se disuelven.

–Dios mío, mis acciones ahora jamás serán castigadas, mi único terror radica en el mercado ateo de valores que sanciona las contadas acciones que me restan.

–Imbécil. Aún la acción más miserable tiene precio en el mercado.

Pero, tal vez, la violencia que atraviesa los mapas también

sea una forma monótona. Los ahorristas argentinos, despojados, asolan los bancos con la furia que caracteriza a la horda y aúllan ante la pasividad de los cajeros automáticos. Los ahorristas, rompen sus normativas disciplinarias que los llevaron al cuidadoso acopio de su reposado capital. Despilfarran sus fuerzas iracundas en cada espacio de la ciudad donde radique ese banco que los traicionó y los puso en evidencia. Embaten contra los bancos.

(En tanto, el Fondo Monetario Internacional se ríe a carcajadas como una anciana enloquecida, sacudida por intensos espasmos).

Estallan las vitrinas austeras de los bancos. La transparencia de las vitrinas se ha convertido en el peor aliado del banco. Los ahorristas pretenden traspasar esas vitrinas para iniciar una búsqueda en la orilla más oscura, en la trastienda donde debería estar acumulado el botín. Pero, la verdad, es que no existe el interior. No hay nada más que un vacío que estaba inscrito en la misma vitrina que ingenuamente los deslumbró con su eficacia fría para descapitalizarlos. La cara visible del banco está acuchillada, rota. Se trata de una simple vitrina con sus máquinas (ahora) inútiles a la vista de los desconfiados transeúntes.

Bush, en el hemisferio norte, marca sobre el mapa, con su dedo inflexible, aquellos países que le resultan insoportables. Incrusta unos botones rojos que incitan a una alarma inminente: Irak, Corea, Colombia.

En Afganistán ya todo se ha consumado para el paso cómodo de los oleoductos y de los gaseoductos. Pero hay otros espacios. ¿Qué hilo se desgranará sobre Venezuela recargando a Cuba?

El deseo aniquilador del petroboy Bush, tal como si se tratara de un avezado juego producido en la virtualidad digital, atraviesa Oriente y Occidente, Asia y África, mientras Blair le lame la mano. Y todos, como si fuésemos un solo Blair, le lamemos la mano para que no se vaya a enojar y nos mande un tremendo bombazo que nos abra un hoyo en la cabeza.

No te enojés. Por favorcito.

—Yo no tengo nada que perder.

—Efectivamente, no tienes nada que perder.

—Pero podría perder la vida ¿no?

—¿Qué dices? Tú no tienes vida, y tu cuerpo, que es lo único que tienes, no vale nada.

—Así es. Mi cuerpo no vale absolutamente nada.

Y, de esa manera, se produce el estallido otro, ese estallido que no está totalmente computarizado, que carece de programa. Los tiempos se vuelven remotos e indescifrables. La mercancía vuela por los aires como si retrocediéramos a una antigua bacanal medieval que fuese legitimada por la invasión masiva de la peste negra en las ciudades.

En el norte argentino, allá en la provincia de Salta, igual que antes en la ciudad de Caracas, y después en Buenos Aires Capital Federal, los cuerpos se precipitan y asaltan los bancos de alimentos: los supermercados.

Esta vez, bajo el imperativo del hambre, una turba monolítica atraviesa y perfora el umbral armónico de la ciudadanía y se inserta de lleno en una forma de delito que será inimputable.

Se producen los saqueos a los supermercados.

Porque ellos, la turba ciudadana, me refiero esta vez a la ciudadanía pobre, están legitimados por la sumativa imprevista. Aparecen avalados por la mera aglomeración corporal. Estamos de pleno en otra frontera. ¿Qué pensará Bush, el petroboy, de esos cuerpos hambrientos que rompen su pacto de sumisión? ¿Será acaso un tipo de terrorismo inexcusable contra el capital?

Se precipitan sobre los supermercados y arrasan con las mercaderías, van cayendo uno a uno los productos de los estantes y, entre esta desaforada confusión, se extiende un silencio, un clima fúnebre, el duelo que provoca un asalto que carece de responsables y que aterroriza la estabilidad del producto. Los ahorristas entran en estado de alerta. Patean las puertas de los bancos, rompen los gruesos cristales y las alarmas resuenan de manera vana.

¿Cuál rabia pesa más?

Bush y sus representantes atraviesan el mundo en su avión seguro comprando cielos para conseguir el éxito de los oleoductos. Pakistán vendió a buen precio su cielo. La deuda contraída le fue condonada por su obsequioso servicio de dejar el paso abier-

to a los aviones de guerra. Pakistán le otorgó un paradero a Bush, una base militar desde la cual atisbar a sus enemigos. Mientras tanto, los mutilados afganos corrían con sus patas de palo a refugiarse en los oxidados campamentos que proliferaban en las fronteras. Estuvimos obligados a odiar a los talibanes (que eran promocionados por la CNN). Sí, los talibanes tenían la culpa de todo lo que pasaba. Ah, los fanáticos musulmanes, incomprensibles con su invocación a un Dios que resultaba desconocido. La mezquita parecía un criadero de lagartos. En cambio, en la Bolsa de Comercio de Nueva York, lloraban a sus víctimas cantando dolorosos himnos a las acciones que bajaban y bajaban. Lloraban por la caída de las acciones invocando el nombre de un Dios cristiano confiable y apacible: "Dios salve a América".

Qué decir de la Compañía petrolera Enron y su cuestionable quiebra que no arrastra consigo a su antiguo lobbista, el mismísimo pretroboy Bush porque no, no, no se puede enlodar a quien concita en las encuestas un 80% de adhesión.

¿Pero cómo no nos acordamos de Hitler y el fervor nacionalista que electrizó a sus compatriotas?

—Ah, qué falso el monumento expiatorio a la memoria. Ah, qué impresionante la costumbre de la conveniente e impune complicidad.

—Ah, no. Un solo terrorista ¿me entiendes? y tus acciones no valen nada.

—Sí, sí, sí. Matemos a todos y cada uno de los terroristas.

—Muy bien. A cada uno de los terroristas.

—¿Y qué es exactamente un terrorista?.

—Un terrorista es un terrorista, pero además es cualquiera que me cause terror y miedo.

—¿Y qué te causa terror y miedo?

—Todo lo que no está al alcance de mi mano, alejado de mis bolsillos o fuera del ángulo de mi mirada.

¿Detrás de qué se unen las Naciones Unidas? Esa es la pregunta del millón de dólares, de los 500.000 euros (el yen está en franca decadencia). Bueno, por nuestra parte (del mundo) Ecuador afortunadamente ya dolarizó.

"Estados Unidos, estoy poniendo mi espalda de loca-mari-cón bajo tu yugo". Escribió el poeta Allen Ginsberg.

Qué curioso. Ya no sé si ha pasado mucho o poco tiempo desde que se escribió este poema. No importa. El tiempo, después de todo, puede llegar a ser irrisorio.

Buenos Aires, febrero 2002